

cioso cuadro de costumbres, *La barqueta de Sant Pere*, premiado en los Juegos florales barceloneses de 1875, y que recuerda las baladas y pasillos de N. Serra por su sabor jocoso-patético, sin contar una multitud de aplaudidas zarzuelas.

Merece también un puesto junto á los fundadores ⁴ del teatro catalán el autor de *La Teta gallinaire* (1865) y *La tornada d' en Titó* (1867), dos piecitas que se siguen representando con la misma aceptación que lograron en un principio. La gloria que les debe Camprodón es más modesta, pero más sólida que la de *Flor de un dia*, así como sus contadas composiciones sueltas en el habla regional exceden en mérito á las que escribió en castellano, sin estar totalmente inmunes de ciertas candorosas genialidades identificadas con el carácter del poeta de Vich.

⁴ Hablaré de otros oportunamente, considerándolos incluidos en grupo más moderno por la fecha de sus últimas producciones.



CAPÍTULO VI

SEGUNDA FASE DEL RENACIMIENTO.—CIRCUNSTANCIAS QUE LA ACOMPAÑAN.

El catalanismo y la política desde la revolución de 1868.—Centros, sociedades y publicaciones regionalistas.—Mudanzas en el gusto literario.

GRAVE desengaño hubo de sufrir el optimismo progresista de aquellos literatos catalanes que creían llegada, con el destronamiento de la dinastía borbónica, una era de perdurable felicidad para el Principado, lo mismo que para todas las provincias españolas, al contemplar que se encarnizaba con aquel suceso la lucha de las pasiones políticas, y que, además de vigorizarse la reacción en toda la Península, se aumentaban las escisiones en los partidos revolucionarios, sintiéndose doquier el pavoroso traqueteo de una sociedad que veía súbitamente derrumbados los seculares cimientos de su organización.

En muy contadas regiones, quizá en ninguna, se libró con tanta fiereza la batalla campal entre la ortodoxia y el libre pensamiento, entre las ideas monárquicas y las republicanas, entre la tradición y las corrientes innovadoras, como en Cataluña, donde las dis-

cordias civiles tuvieron siempre, desde su origen, febril y vertiginoso carácter, reflejándose en vandálicos procedimientos y enconos fraticidas. No dejaba de contar allí con su núcleo de defensores el liberalismo constitucional, más ó menos mitigado, particularmente en la clase ilustrada; pero las dos banderas dominantes en el país fueron la tradicionalista y la democrática.

A las vicisitudes por que ha pasado el carlismo desde 1868, así en la guerra como en la paz, ha contribuido Cataluña con un contingente de fuerzas sólo comparable al que le deben, en su propaganda y sostenimiento, los grupos radicales, clerófobos y antimonárquicos.

Originase esto de la tenacidad indómita, el horror á las transacciones y el apego á sus creencias y costumbres, distintivo perenne de los compatriotas de Clarís y José Moragas; pero se da también la coincidencia de que los programas federal y carlista, en medio de su absoluta oposición, responden, cada cual en su esfera, á las aspiraciones descentralizadoras y autonomistas del pueblo catalán.

Los que se glorían de representarlas en toda su pureza no se han contentado con seguir el criterio de alguno de los partidos militantes, sino que, á poco de estallar la revolución de Septiembre, comenzaron á promover los intereses regionales por cuenta propia, abalanzándose los más intransigentes y osados á la defensa de cierto filibusterismo, digámoslo así, utópico y absurdo, conteniéndose otros en los límites de la protesta contra las medidas niveladoras del Gobierno central, y sustentando no pocos la causa del particularismo en cuanto es aplicable á todas las provincias españolas. Evidente es la falta de cohesión y homogeneidad entre los que llevan el nombre de catalanistas; evidente también que no suelen figurar entre ellos sino hombres de letras, dotados algunos de más cultu-

ra que sentido práctico, y cuyos ideales, por lo sutiles y complejos, no están al alcance de las muchedumbres. Así y todo, cuando éstas se han agitado con motivo de tratados comerciales ó leyes de cualquiera índole, atentatorios á la prosperidad material de Cataluña; cuando autoritativamente se ha querido modificar sus instituciones jurídicas; siempre, en fin, que se creyó ver, con ó sin fundamento, postergada la patria pequeña, se han concentrado los esfuerzos de los regionalistas, sin distinción de procedencias y matices, reuniéndose á coro sus voces para influir con eficacia en la opinión general é imponer respeto á los poderes constituidos.

Por lo demás, sobre el fondo común de no bien definidas reivindicaciones, borda cada una de las parcialidades en que se fracciona el catalanismo su programa peculiar, separado del de las restantes, ya por el proceloso Océano en cuyas opuestas riberas están la tradición y la revolución, ya por las demarcaciones sinuosas, y variadas hasta lo infinito, que en el terreno de las ideas traza la libertad individual. Son muy pocos, casi ninguno, los adeptos de la locura separatista; siguen después los de una especie de federación republicana, que no se confunde con la de Pi y Margall, pero participa de su espíritu heterodoxo, y cuyo símbolo se podría hallar poniendo al escudo de las cuatro barras el gorro frigio por remate; hay también ideólogos saturados de espíritu racionalista, que á la vez idolatran las grandezas históricas de la antigua monarquía catalana-aragonesa, soñando en los limbos de su imaginación con la soldadura de lo pasado y lo porvenir, sin fijarse en la antítesis de ambas cosas, tal como ellos las conciben; y resta, finalmente, el grupo compacto y vigoroso de los que sientan por base la unidad nacional, rechazando la uniformidad; demandan para cada región la suma de independencia compatible con las demás regiones, sin perjuicio de la cohe-

sión necesaria al organismo supremo del Estado, y abominan las libertades parlamentarias, tendiendo á sustituirlas con las que en la Edad Media poseyó el pueblo de Jaime el Conquistador y Pedro el Grande, cual sólido edificio que sostenían los robustos pilares de la religión, la moralidad, el trabajo y las costumbres sancionadas por un derecho eminentemente democrático.

Quizá se vea en todas estas formas de entender el catalanismo algo de exaltación quimérica contraria á la realidad; pero lo que no cabe poner en duda es la perseverancia con que luchan por el triunfo los promovedores de aquel movimiento, á pesar de su exiguo número, de sus intestinas divisiones y de los graves obstáculos que viene á añadir á los antedichos la parte especulativa de su propaganda, para hacerla penetrar en las clases inferiores, de cuyo concurso necesita.

Hasta aquí, las asociaciones catalanistas de alguna significación apenas han traspasado los límites de la Ciudad Condal, y menos aun los de su provincia. Sólo en un sentido muy lato pueden entrar en la suma la *Academia de Buenas Letras*, que siempre se ha ceñido á fomentar el renacimiento por lo que tiene de literario, y el Ateneo Barcelonés, que, desde su fundación en 1860, ha extendido su actividad en direcciones muy variadas, aunque sin desatender las exigencias del patriotismo local.

A velar por él celosamente, á reavivar su fuego con el soplo de los entusiasmos colectivos, venía en 1870 la agrupación de *La Jove Catalunya*¹, que en sus cuatro años de existencia cumplió lo que el título indicaba: puso en contacto á los representantes de una genera-

¹ Extracto aquí, y en alguna otra parte del presente capítulo, las minuciosas noticias acumuladas por Tubino (*Historia del renacimiento literario en Cataluña, Baleares y Valencia*). Sin embargo, como sé que no merecen entero crédito, he procurado rectificarlas con arreglo á los informes de personas muy competentes y autorizadas.

ción nueva, é inició propósitos que no pudo realizar. Posterior á *La Jove Catalunya* fué *La Misteriosa*, centro católico que promovió anualmente certámenes de poesía catalana hasta 1877, fecha en que dió principio á los suyos otra sociedad de tendencias análogas y de mucho más arraigo. Me refiero á la Academia de la *Juventud Católica*, cuya sección catalanista, formada en 1879, celebró desde entonces sus Juegos florales (interrumpidos en 1894), viendo desfilan entre los autores laureados en sus concursos á poetas como Verdaguer y Collell, sin contar otros de segunda fila, menos estimables, y se afanó por introducir en las distintas ramificaciones de la literatura provincial la savia de ideas fecundas y salvadoras.

El impulso del romanticismo arqueológico á que obedecieron las tareas de Piferrer, Milá y Aguiló, al disputar á la acción corrosiva del tiempo, del cosmopolitismo y de la brutalidad revolucionaria los vestigios de la antigua cultura indígena de su país, conservados en las piedras de los monumentos, en la lengua y la poesía rurales, y en los archivos de parroquias y monasterios, vistió el carácter de los tiempos presentes, para continuar y ampliar la obra de aquellos simpáticos precursores, en la *Associació catalanista de excursions científicas* (1876) y la *Associació d'excursions catalana* (1878), presididas respectivamente en sus comienzos por D. José Fiter é Inglés y D. Ramón Arábía y Solanas, y que hoy han venido á refundirse en el *Centre excursionista de Catalunya*. Consultando los *Boletines* de las tres Sociedades, las Memorias de la primera, los Anuarios y la *Biblioteca popular ó de folklore*, que se deben á la segunda, y los discursos, monografías y conferencias publicados por algunos socios, parece destacarse del conjunto el retrato moral y material de Cataluña, muy imperfecto aún, pero comenzado con brío é inteligencia.

Si en casi todas las manifestaciones colectivas de

la actividad catalana está latente el individualismo que crea, conserva y destruye, como la *Trimurti* indostánica, cúmplase la ley con más exactitud allí donde se trata de planes reformistas enlazados con la situación y los destinos de la patria chica, según demuestra, para no citar otros ejemplos, la rivalidad existente entre las dos agrupaciones que se nombran *Centre Catalá* y *Lliga de Catalunya*, y que por su fin parece debieran estar identificadas en concordia de pensamiento y voluntad. Muy lejos de suceder así, la divergencia subió de punto al celebrarse la Asamblea de Manresa (1892), donde se discutieron y aprobaron las bases de una constitución, que fué como la bandera de la *Lliga*, á la vez que la desacreditaban con censuras y protestas los individuos del *Centre*, formando por su cuenta otras conclusiones acerca del regionalismo.

Mencionaré de pasada el *Foment Catalanista*, la *Associació de propaganda catalanista* y el *Centre Escolar Catalanista*. A imitación de la capital, han formado también Círculos de la misma especie varias localidades de la provincia de Barcelona.

Aun subsiste el *Literario* de Vich, que se inauguró en 1860, y que tanta importancia tuvo en otros días, sobre todo cuando se incorporó á él aquella alentada juventud del *Esbart vigatá*, de cuyas reuniones y lecturas junto á la *fuentes del sauce*, situada en los alrededores de la ciudad, surgió una pléyade muy notable de escritores y poetas, entre ellos el autor de *La Atlántida* y el de *La gent del any vuyt*, el novelista Martín Genís y el erudito José Serra y Campdelacreu. Señálase el grupo de Vich en la historia de las letras catalanas, no solamente por la brillantez del ingenio, sino por la profunda religiosidad y el amor á la tradición, característicos de la cuna de Balmaes.

No ha muerto en las provincias de Gerona, Lérida y Tarragona el culto á las glorias del Principado; pero se combina con mayor dosis de españolismo que en

la ciudad del Llobregat, y no suele traducirse en encono contra Castilla y su idioma, que, por el contrario, es el dominante en asociaciones como la *Literaria* de Gerona, á cuya iniciativa se deben una *Revista* fundada en 1875 y la celebración de periódicos certámenes, fecundos muy particularmente para el adelanto de la historia local.

Por lo que se refiere á Valencia y las Baleares, no han desmentido en los últimos años la intención exclusivamente platónica y literaria con que desde un principio entraron en la senda del renacimiento provincial. Al conmemorarse el cuarto centenario de la introducción de la imprenta en la ciudad del Turia (1874), y el sexto de la muerte del Rey Conquistador (1876), se premiaron varias poesías valencianas en sendos certámenes, á los que se siguieron los de *Lo Rat penat*¹, asociación² debida al infatigable entusiasmo de un propagandista, conocido por el Almanaque que comenzó á publicar en 1875 con aquel epigrafe. La institución creada por Constantino Llobart continúa celebrando con gran aparato sus Juegos florales, á los que concurren también autores de Cataluña y Mallorca, además de los valencianos, y usa constantemente del habla del país en los actos oficiales, á diferencia del Ateneo y de la Academia de la Juventud Católica.

Los autores mallorquines adheridos á la enseña de la literatura regional no han sentido la necesidad de constituirse en gremio cerrado, y menos con el propósito de reivindicaciones políticas.

Fuerza es completar la reseña que antecede con la de las publicaciones más importantes encaminadas á sostener y popularizar el catalanismo en sus varios as-

¹ *El Murciélagó*, por el emblema que figura en el escudo de armas de Valencia.

² Fundada en 1878.

pectos. Desde que en 1865 fundó Roberto Roberts el periódico semanal, satírico y revolucionario *Un tros de paper*, hasta el día presente, se registran innumerables ensayos, de que son fruto la difusión y el incremento gradual de la prensa regionalista, diversificada según los matices de cada escuela, bandería ó grupo. Después de colaborar en *Un tros de paper*, fué dando á luz Conrado Roure una serie de hojas, efímeras en su mayor parte, y de tendencias republicanas. En *Lo Gay Saber*, de Francisco P. Briz, alternó la propaganda literaria con la autonomista durante los dos años de su primera época (1868 y 1869), lo mismo que en *La Gramalla* (1870), semanario dirigido por Francisco Matheu.

Con la aparición de *La Renaixensa* (1.º de Febrero de 1871) tuvieron las aspiraciones catalanistas un órgano científico, literario y artístico, no para lectura del pueblo, sino de la aristocracia intelectual. Aunque, en los diez años que contó de existencia aquella Revista (después transformada en diario), reunió gran contingente de firmas notables y respetadas, alentando á la juventud, que daba sus primeros pasos en el terreno de la ciencia y el arte, hubo de reflejar al propio tiempo las antitéticas direcciones doctrinales de sus colaboradores, y fué mirada con recelo á causa de su neutralidad en materias reñidas y trascendentales.

Con muy otro color, y con programa más concreto y definido, apareció en Vich (1878) *La Veu del Monserrat*, donde el sacerdote D. Jaime Collell emprendía una campaña española y regionalista á la par, animada por vivo fervor religioso, y en la que se hermanaron el buen gusto literario y la ingenua claridad accesible á todas las inteligencias. Con la tradición por base, tendía el semanario á restaurar todo lo que en ella no fuese incompatible con las necesidades de los tiempos presentes, sin solicitar á este fin el concurso de ningún partido, antes bien considerando la política como ger-

men funesto de todas las calamidades que afligen á la patria en su representación total y en cada uno de sus organismos. La pluma de Collell dió á *La Veu del Monserrat* prestigio é influencia, que disminuyeron considerablemente al perder la publicación tan valioso apoyo.

No han dejado los catalanistas de utilizar los recursos que les ofrecía para su propaganda el florecimiento de las industrias artístico-editoriales en Barcelona, donde hace ya trece años se publica *La Il·lustració Catalana*, dirigida por el poeta F. Matheu. También llevó el título de revista ilustrada *L'Avenç*¹, que, si no solía prodigar los grabados, ostentaba en cambio una estampación lujosa, distinguiéndose, en lo que toca al fondo del texto, por la radical audacia de los ideales: el libre pensamiento sin reticencias, el cosmopolitismo científico y literario, la hostilidad permanente contra Castilla, la ruptura con el espíritu de lo pasado, unida al desdén hacia los modernos autores catalanes afiliados á otra escuela, y hasta el plan de una reforma lingüística que fué objeto de muchas discusiones.

La Veu de Catalunya, que dirige desde sus principios (1891) el joven y entusiasta abogado D. Narciso Verdager, primo del gran poeta de igual apellido, sigue el criterio adoptado constantemente en cuestiones regionalistas por Mosén Collell, inspirador de aquel semanario. Se le aproxima no poco en las ideas *La Tradició catalana*, revista quincenal fundada en 1893, y que redacta principalmente el presbítero D. Cayetano Soler.

No citaré otras publicaciones periódicas de menos significación, escritas en catalán, ni muchas que, estándolo en el idioma oficial de la Península, mantienen

¹ Se fundó en 1882, y tuvo dos épocas, cesando de publicarse á fines de 1893.

la bandera del particularismo. Exceptúo *La España regional* (1886-1893), que patrocinó los intereses de las provincias contra el empuje de las corrientes centralizadoras, é insertó escritos de autores vascongados, gallegos, etc., evitando el exclusivismo de localidad y las intemperancias de estilo en la controversia ¹.

Al desenvolvimiento exterior, digámoslo así, de las ideas catalanistas corresponde otro interno en la literatura, que cada día fué tomando un sello más propio y castizo, despojándose de los andadores de la infancia, nutriéndose con la médula de la observación y abarcando nuevos horizontes. Los Juegos florales de Barcelona, aunque «definitivamente constituidos y modelados dentro del inflexible triángulo de su lema», como dice Yxart, llegan á su apogeo de 1865 á 1877, en opinión del mismo crítico, y dan á conocer entonces poesías que no encajan en los moldes del convencionalismo trovadoresco, antes son trasunto de la historia moderna y las costumbres actuales de Cataluña, cuando no siguen las últimas direcciones de la lírica en todos los pueblos cultos. Mucho más ostensiblemente que en los certámenes, donde á menudo la índole del tema y otras mil circunstancias antiartísticas cohiben la libertad del ingenio, se cumple la evolución indicada en las colecciones de rimas publicadas por los poetas catalanes más distinguidos entre los contemporáneos.

Al propio tiempo ha ido organizándose el teatro regional, puesto que sólo algunas tentativas imperfectas pueden registrarse en la que llamo primera época del renacimiento. A la segunda pertenecen las obras más celebradas de Federico Soler, y las de numerosos autores que han evocado la tragedia del sepulcro en que la hundieron los desdenes románticos, y que cul-

¹ En otra parte he mencionado ya la *Revista de Valencia* y *El Museo Balear*: á este último había precedido la *Revista balear de Literatura, Ciencias y Artes* (1872-1874).

tivan también el drama, la comedia y otros géneros inferiores.

La prosa, totalmente olvidada en un principio, salió á la calle con desenvoltura y sin escrúpulos, ya cubierta con los andrajos del periódico populachero, ya con el ceñido y modesto traje de la exposición doctrinal, para lucir después, como de prestado, las galas de la novela, que concluirá por apropiarse definitivamente, si llega á su término natural una labor iniciada con tanta brillantez como en su lugar veremos.

